

IN MEMORIAM.
PATRICIO PEÑALVER Y BACHILLER
CIENTIFICO Y HUMANISTA
(1889 - 1979) *

Por JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

Laudemus viros gloriosos.

Al iniciarse el año académico 1922-23, comenzaba sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, un joven estudiante con decidida vocación humanística, despertada al cursar el bachillerato, según el plan didáctico de 1903, excelente para aquellas calendas. El paso a la Universidad significaba una fuerte carga emocional ilusionada y esperanzadora, ante la responsabilidad que connotaba la formación en nuestro primer Centro Docente. Según costumbre relativamente frecuente, siguió por libre las enseñanzas de la Facultad de Derecho, más con intenciones de completar su preparación que de duplicar títulos facultativos.

Acababa de frustrarse la nonnata Autonomía Universitaria de Silió, que tanto interés presentaba, pedagógica y socialmente, y emprendió la tarea, tras la intensa preparación, remota y próxima, para la temida prueba de Ingreso, selección que se estimaba imprescindible, entonces y ahora.

El escolar de referencia se consideraba un pigmeo al contemplar la densa estructura de las disciplinas docentes y la

(*) Disertación leída el 18-IV-79, en el homenaje dedicado por la Facultad de Matemáticas.

excelsa nómina de maestros universitarios que honraban el Claustro: Hazañas y la Rúa, Murillo Herrera, Collantes y Martínez, Salinas, Checa, García Oviedo, Casso, Puigdollers, De Buen, Carande, Tello, Royo, Cortés, Jiménez Díaz, Sopeña, González Meneses, Del Campo, Lupiáñez, Abaurrea, Yoldi, Mota, Pascual Vila, Bermúdez Plata, López Martínez, Campo Redondo, Giménez Fernández, Salvador Gallardo, Orts Llorca, Pérez Llorca, Aparicio, Martín Ribes, etc., etc., por no citar más que a cuantos llamaron principalmente su atención y le eran más conocidos por su historial, prestigio entre los alumnos o por sus lecciones de Cátedra.

En las horas vividas en el inolvidable edificio de la calle de Laraña, eran destacables los diálogos matutinos Checa-Castro y los vespertinos Collantes-Pagés, caminando siempre juntos y en animados coloquios, desde la Sala de Profesores a las respectivas Aulas, donde nos recibían y aleccionaban.

Mas en las inevitables y a veces largas esperas en el patio de Maese Rodrigo, llamaba diariamente su atención la figura de un joven profesor, de talla física normal, siempre erguido, serio, autoreflexivo, de cadencioso caminar, que imperturbable y exactísimamente, se dirigía en el momento justo al Aula de Matemáticas. Imaginativamente se lo figuraba como un cónico ciprés, imbatible, robusto moralmente, que ya nos daba a todos —incluso a quienes no eran sus discípulos— la gran lección disciplinar de su puntualidad y celo en el cumplimiento del deber (elemental y primaria obligación de todo aquel que ostente el magisterio y que ha de educar de entrada con el ejemplo de su vida y al propio tiempo con su ciencia y su pedagogía, plenamente convencido, como principio ético, que todo deber incumplido representa una pérdida de la dignidad); es decir, era la elocuente representación del *Vir bonus, docendi peritus*. Interesado por conocer su curriculum, máxime por tratarse de una especialidad inalcanzable somáticamente para él, logró información en fuentes totalmente fehacientes. En efecto, supo que se llamaba Patricio Luis Jacinto Peñalver v Bachiller, que había cursado los estudios secundarios en su nativo Madrid, terminándolos (1902) a los 13 años; que en la siguiente anualidad ingresó en el cuerpo de Telégrafos, obte-

niendo la excedencia cinco más tarde; que en 1911 ya era Doctor en Ciencias (Sección de Exactas), con tan brillante expediente que, salvo en la disciplina de Química General, que superó con la calificación de Notable, en todas las demás logró los máximos galardones y, por supuesto, los Premios extraordinarios de Licenciatura y Doctorado. A los 23 años (1912) obtuvo la Cátedra de Elementos de Cálculo Infinitesimal en nuestra Universidad, después de haber desempeñado en la Central un Encargo de Curso de Geometría de la Posición (1909-11) y una Auxiliaria interina (1911). También conoció del gran prestigio científico de que justamente gozaba y de su singular categoría magistral, que sus discípulos y también sus compañeros le reconocían, «némine discrepante». Así pues llegó a la conclusión de que a este gran maestro universitario le cuadraba a maravilla la escolástica definición tripartita de "*Verum, pulchrum, justum*".

Cincuenta y siete años después, el escolar de referencia, ahora Catedrático Emérito de esta Universidad, se honra al aportar unas modestas notas en la presente memoración, proclamando que, si inicialmente admiraba a don Patricio, fue acreciendo mi estimación al conocerlo mejor, tratarlo como compañero y colaborar con él en Corporaciones y cargos de gobierno y aun en un entrañable trato personal. Procurare agrupar brevemente mis recuerdos y vivencias de tan insigne varón, sintetizándolos, ya que no es preciso insistir ante la evidencia reconocida por todos.

Empecé a tratar a Peñalver con cierta frecuencia en la etapa docente que nos tocó protagonizar en el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Murillo», durante la guerra civil; en las sesiones semanales de la Academia Sevillana de Buenas Letras, a la que él pertenecía desde 1939; en la Junta de Gobierno de la Universidad, en su calidad de Decano de la Facultad de Ciencias (nombrado en 1936 y elegido después por sus compañeros (1954), hasta su cese (a petición propia). Aportaba su acendrado amor al Alma Máter, gran experiencia docente, sus ser-

vicios como Vicerrector durante el mandato de don Ramón Carande y su quehacer Decanal en larga andadura de más de veinte años, en los Rectorados de Mota, García Oviedo, Manzano y el mío propio. Puntualísimo siempre, permanentemente asiduo, con invariable objetividad y claro sentido de la justicia y equidad; en todo momento con grave seriedad, callado por temperamento, interviniendo tan sólo en el momento preciso y siempre dando en la diana de los asuntos. Repetidas veces recordé a este propósito la aseveración de Ortega y Gasset al decir que «cuando los hombres no tienen nada claro que decir sobre una cosa, en vez de callarse suelen hacer todo lo contrario: dicen en superlativo, esto es gritan» y ya el sabio Leonardo de Vinci había sentenciado al respecto ¡«Dove si grida non é vera scienza»! Esta colaboración en las Juntas Universitarias durante más de un lustro, aumentaron mi afecto y admiración hacia él, cuya conducta me aleccionó siempre. Cuando en 1957 me presentó su dimisión del Decanato, cansado por tan largo quehacer, acrecido por la dirección de la biblioteca facultativa, aquejado por los vaivenes y altibajos de la tensión arterial, sentí una gran pena y presentí un hondo vacío, aceptando resignadamente su renuncia por tan justificados motivos y proponiéndole para Decano honorario, distinción merecidísima que le fue otorgada por la Superioridad.

Su tarea de gobierno, vista desde la atalaya del Vicerrectorado y del sillón Rectoral, me hacía pensar en lo que San Agustín dejó escrito: «Presidimos si servimos... el... que no sirve al público (predicando, guiando) es solamente *foenens custos* (guardián de paja), un espantapájaros colocado en los viñedos...».

Decano ejemplar, maestro ejemplar, rigurosísimo en las ausencias, aun las vacacionales, oficiando siempre su marcha, vecindad y retorno; si pedía licencia quincenal por oposiciones o enfermedad, consumía el tiempo preciso, sin agotar el permiso.

Me tocó tramitar con óptimo informe su solicitud de participación en el régimen de servicios especiales universitarios. sometién dose a la casuística de la rigurosa normativa, total-

mente ociosa para él, entregado de por vida y de modo absoluto, tenaz y permanente a su Cátedra Titular, a la de Análisis Matemático, y a la de Matemáticas para químicos, farmacéuticos y escuelas técnicas superiores. ¡Cuántos discípulos se enorgullecen de reconocer su magisterio, en plena cordialidad, haciendo vida la sentencia Socrática de que no podía enseñar a quien no fuese su amigo!

Como presidente de la Junta de Obras de la Universidad tenía informado continuamente a Peñalver de la marcha de las instalaciones de su Facultad en la antigua fábrica de Tabacos, en alianza siempre con mi fraternal amigo y compañero Julián Rodríguez Velasco, Vocal representante de Ciencias en la citada Junta.

Don Patricio estaba ilusionado con esta tarea ante la pequeñez e inadecuación de los servicios facultativos de Laraña, malgrado el proyecto de nuevo edificio de la Facultad, en la avenida de Eduardo Dato.

Entretanto, nuevos maestros se incorporaban al Claustro: Candil, Pedroso, Montero, Pelsmaeker, Ots Capdequi, Vallejo, Cossío, Angulo, Carriazo, Pabón, Guillén, Andréu Urra, Lora Tamayo, Bru, Recasens, Cañadas y otros muchos, todos los cuales admiraban a Peñalver, como prototipo del universitario.

Por suerte inefable para nosotros, éste se afianzó definitivamente en Sevilla, renunciando a servir en ninguna otra Universidad, invitación que le fue reiteradamente propuesta; aunque en su juventud, recién llegado aquí, había firmado unas cátedras de la especialidad de los Institutos Generales y Técnicos de Valladolid y Burgos (1913) y otra en la Universidad de Barcelona (1917), como he podido conocer en su expediente.

Como docente universitario completo, era también investigador, acreditándolo así sus publicaciones y la participación en Congresos y reuniones especializadas.

En un documento universitario, fechado en 1935, declaró que estaba ocupado en la investigación histórico-matemática de la producción española, en los siglos XVII y XVIII.

Fruto de este quehacer, fue su discurso de recepción, cuatro años después, en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, sobre «*Instituciones sevillanas bajo la advocación de San Diego*», publicado en folleto especial, y en la parte doctrinal inserto en los Anales de nuestra Universidad.

Determinó la primera, la cesión en 1589 por el Concejo hispalense de un solar de propios y dotación inicial, para erigir un templo y convento franciscano bajo la advocación de dicho Santo, nacido en pleno trecento en el pueblo sevillano de San Nicolás del Puerto. Dicha iglesia y la residencia aneja se levantaron en los aledaños del actual casino y teatro Lope de Vega, en el lugar que por ella y hasta hace poco tiempo se llamó Glorieta de San Diego. Es curioso advertir la preocupación viaria y urbanística del municipio, en aquellas calendas, al exigir que el edificio se situara en línea con los caminos y sin estorbar la vista del Alcázar (por supuesto, aún no se habían alzado ni la Fábrica de Tabacos ni la Universidad de Mareantes, hoy Seminario Metropolitano). Muy ricas preseas llegó a reunir el citado cenobio, entre ellas la imagen titular, obra de Martínez Montañés, que hoy se venera en el retablo mayor de la iglesia de San Buenaventura. Con los vaivenes políticos la Comunidad hubo de cambiar repetidas veces de alojamiento.

Una de sus últimas residencias fue en la antigua calle de las Armas (la actual de Alfonso XII) y en el decenio de los treinta del siglo XIX, en los locales que ocupara, se instaló un colegio llamado de San Diego, quizás por referencia a la Comunidad conventual. Impartía esta institución docente diversas enseñanzas, desde la Primaria a la Superior, examinándose de ésta los escolares en la Universidad, en tanto que en el propio Colegio se hacían los correspondientes a los estamentos de primaria y secundaria. Crecía el prestigio del centro, se ampliaban las enseñanzas científicas y humanísticas, aliándolas con prácticas deportivas. Entre los discípulos se hallaron Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer, y, andando el tiempo, la nómina de profesores contaba, entre otros, a Fernández Es-

pino, Alberto Lista y como encargado de la docencia del Dibujo a Joaquín Domínguez Bécquer. Continuamente se aumentaban las Cátedras y en la reforma Pidal de la docencia secundaria, se clasificó como de Primera Clase, prueba del prestigio alcanzado.

Pero en íntima alianza con la docencia se cultivaba la investigación y así el propio Lista, Catedrático de Matemáticas sublimes de la Facultad de Filosofía, creó una Academia de Ciencias Exactas y Naturales, donde se dictaban eruditas disertaciones, cuyos autores y títulos son conocidos; también pretendió fundar otra Academia de Filosofía Racional y Humanidades, que se malogró por su muerte.

Al abrirse la actual calle del General Moscardó, con la pérdida de locales, el Colegio de San Diego se trasladó a la plaza de Villasís, continuando sus tareas hasta fines de siglo y desapareciendo al fin.

Contestó a tan interesante monografía recipiendaria don José Mariano Mota y Salado, de grata memoria, destacando los méritos del nuevo académico, con reseña del curriculum, publicaciones, conferencias, etc.

En esta Corporación le traté continuamente, según dije antes; juntos formamos parte de su Junta de Gobierno, desempeñando los cargos de Vicedirector, Censor y Depositario en el período 1945-72. Alcanzó la categoría de Preeminente por sus indudables méritos; y al morir ocupaba el segundo lugar del escalafón corporativo por su gran antigüedad, otra circunstancia que nos unía, al figurar yo a la cabeza de la nómina académica.

Además fue Correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias y de la barcelonesa de Ciencias y Artes.

El año 1936 fue de tremenda convulsión para España, como es muy conocido. Clausurada la Universidad, un grupo de profesores fuimos destinados a impartir las enseñanzas al Instituto Nacional de Enseñanza Media «Murillo», instalado entonces en una casa de la calle Menéndez y Pelayo, habida cuenta

del cese de la mayor parte de su profesorado. En aquel Claustro figuraban Abaurrea, Murillo Herrera, Peñalver, López Domínguez, Yoldi, Lora Tamayo, Bermúdez Plata y el que tiene el honor de disertar, Auxiliar temporal entonces y Encargado de curso en el Instituto. También se incorporaron varios profesores de la Universidad de Barcelona, cuales La Torre y Del Cerro y los Alcobé(padre e hijo). De profesor de Religión fue designado el canónigo de Alicante don Manuel Lorenzo Penalva, de entrañable recordación. Cada curso se adscribían nuevos profesores, de diversas procedencias, siendo nombrado Director el profesor Lora y más tarde y de manera insólita hube de sustituirle, pese a mi inferior categoría docente y administrativa. No hay que esforzarse mucho para comprender mis preocupaciones al tener que presidir a tan eminentes profesores, que en absoluta cordialidad y unión jamás plantearon el menor problema, atentos plenamente al servicio docente. Y pude comprobar cómo todos ellos —y muy singularmente don Patricio— se acomodaron a la nueva pedagogía, ejerciendo un magisterio fecundo y eficaz, como continua y unánimemente proclamaban las alumnas.

Peñalver fue un patriota, dispuesto siempre a colaborar en las tareas nobles que se le ofrecieron y encomendaron. ¡No podía ser de otro modo, dada su sólida formación y su estructura mental! Así, pues, en 1.º de octubre de 1923 fue nombrado Vocal Asociado de la Comisión gestora municipal sevillana (presidida por mi paisano y convecino don Eduardo Camacho Díaz), cesando en este quehacer cuatro años después. En 1936, tras laborar en las Milicias Nacionales, volvió al Ayuntamiento, siendo Alcalde don Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, trabajando allí durante dos anualidades. De su paso por el Concejo hispalense sabemos desempeñó, como Teniente de Alcalde, las Delegaciones de Enseñanza, Obras Públicas y de particulares. Fruto de esta tarea fue la terminación y dotación del grupo escolar Rodríguez de la Borbolla, la creación de varias escuelas en el barrio de San Julián (base

del Centro Padre Manjón), dotándolos del necesario material pedagógico, y prueba de sus afanes es el hecho de que en la escuela de la calle de Alcántara se creó la Mutualidad «Peñalver», en justo reconocimiento de su celo.

En su tiempo de gestión municipal tuvo lugar el derribo del viejo Gobierno Militar, en el antiguo Colegio de Santo Tomás, lográndose una gran vía que todavía usufructuamos.

En función del servicio público aceptó formar parte del Consejo del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, laborando en él durante más de treinta años, ocupando diversos cargos, incluso la Vicepresidencia. En 1975 cesó a petición propia, concediéndosele la Medalla de Plata de la Institución, único galardón existente, en reconocimiento de la seriedad, espíritu de justicia, equidad y asidua concurrencia, presto siempre a servir en tan importante y humanitaria tarea social.

Era lógica que tan altos merecimientos fueran distinguidos por la Superioridad y así se le otorgó la Encomienda con placa de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, cuyas insignias le fueron ofrendadas mediante suscripción; mas al no admitir sino las más sencillas y económicas, le devolvieron cuatro quintas partes de lo recaudado, emocionándome al leer de su puño y letra una nota de entrega a la Universidad del excedente, disponiendo se destinase a los servicios de Protección Escolar. Con motivo de su jubilación, el Jefe del Estado, a propuesta del Ministro de Educación, le galardonó con la Gran Cruz de la citada Orden. ¡Pocas veces se conceden recompensas morales con tanta justicia como en el caso de referencia!

Profundamente católico, vivió pública y privadamente como tal, fruto de la fe, hondamente cimentada, y de las normas

de la más rigurosa moral cristiana; otro aspecto de su magisterio, que imantaba a cuantos le conocíamos. Colaboró en confraternidades religiosas, cual la Hermandad Sacramental de la iglesia de Santa Catalina, y de modo muy especial, como fervoroso cofrade del Silencio, madre y maestra de las sevillanas. Mas interesa destacar que acorde con la más estricta conciencia, no se limitó a participar en la estación penitencial en las madrugadas del Viernes Santo, con túnica y antifaz, sino que actuó, fiel a sus carismas, siempre y en todo momento, circunstancia que muchos olvidan, ya que no se trata de algo coyuntural, limitado a un breve espacio y a un corto tiempo, sino a una conducta, a toda una vida, a una manera de ser, que imprime carácter y modela la personalidad.

Ello lo acredita también y muy elocuentemente su incorporación a la Hermandad de la Santa Caridad, a la que perteneció durante cincuenta y cinco años, practicando el amor a los pobres, vagabundos, enfermos, difuntos y ajusticiados, según las prescripciones del Venerable don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, su fundador. Y buena prueba de su lealtad y abnegación es que fue requerido prontamente a ocupar diversos cargos en la Junta de Gobierno, en los que siempre se reconoció su afán de servicio y la entrega total a la tarea caminando en la presencia del Señor, en frase del Salmista.

Fundó un hogar al encontrar a doña Ana Simó, la digna compañera de su vida, y legó una descendencia, a tono con su mentalidad y sentido religioso. Nunca tuve intimidación con él aunque sí relaciones cordialísimas; y traté a sus hijos Patricio, Mariano y María en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, a Manuela en la Escuela de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría y a sus hijos políticos María Eloísa y Santiago, en ambos centros docentes. No hay que decir que todos —estos y los demás— han hecho y hacen honor al modélico magisterio de sus padres.

Por su parentesco con el gran arqueólogo Jorge Bonsor

hubimos de tratar repetidamente de su magnífica biblioteca y archivo y sobre las excepcionales obras de arte que reunió.

Una aciaga mañana de enero, en el ápice de su madurez espiritual, nonagenario casi, fue al encuentro de la Verdad absoluta y del Bien Eterno, que durante su larga andadura terrena había intuido con la relatividad de lo temporal. Y pasó a la Vida, exactísimamente, «in ictu oculi», haciendo realidad lo que el Venerable Mañara (al que tanto admiró y cuyas reglas siguió al servicio amoroso de sus Amos y Señores los pobres) había consignado en el Capítulo XIV del «Discurso de la Verdad»: «¡Oh instante que mudas las cosas. Oh instante del ser al no ser. Oh instante puerta de los siglos!»

Estaba bien preparado para el trance supremo e irreversible: «Sicut vita finis ita.» Su existencia había sido una preparación quieta, sosegada, para alcanzar la meta.

Estos son algunos de mis recuerdos de don Patricio. Como matemático puro fue también filósofo puro. Su humanismo, es decir, su actitud ante la vida, fue integral, fecundando su Ciencia; mas hubo en él facetas destacables, como partes sobresalientes del todo: un humanismo cristiano, un humanismo social, un humanismo carismático, científico y docente, en función los unos de los otros, modeladores de la personalidad.

Permitidme que ahora y aquí traiga a primer plano la definición que de la «*Humanitas*» dio un gran neoplatónico florentino del cuatrocento. Así, pues, Marsilio Ficino, presidente de la Academia de la capital de la Toscana, dirigiéndose a los Médicis, dijo así: «Humanidad es ninfa de excelente y bella apariencia, nacida en los cielos y querida más que otras por Dios el más alto. Su espíritu y pensamiento son amor y caridad; sus ojos, dignidad y magnanimidad; sus manos, liberalidad y magnificencia, y sus pies, proporción y modestia. En conjunto

es, pues, templanza y honestidad, encanto y esplendor.» Al meditar una y otra vez esta hermosa tesis he recordado vivamente a nuestro recordado amigo y compañero.

Cumplió Peñalver dignamente su misión como hombre, como ser racional. Docentes y discentes lo han ensalzado en justicia; fueron cincuenta y seis años al servicio del Estado, de ellos diez lustros de docencia y cuarenta y ocho cursos en su Cátedra sevillana, al punto de su jubilación en 1959. Tiempo sobrado para comprobar los quilates de un caballero cabal que ejerció su apostolado en el propio tajo donde vocacionalmente estuvo situado.

Otro gran científico, don Federico Rubio, dejó dicho: «Vivir es funcionar; no muere el que volviendo al barro de que procede continúa haciendo el bien más allá de los días de su tiempo.» Auténtico retrato de don Patricio Peñalver y Bachiller, cuya lección magistral será perenne y fecundará nuestro quehacer humano, pues pasó por esta vida haciendo el bien. Para lección de todos bien merece una biografía completa y documentada por quien le conociera muy íntimamente. Es tema que me permito sugerir a mi Universidad, que hoy se honra enalteciendo la memoria de una de sus más excelsas figuras. ¡Descanse en paz!

He dicho.